

El inhibidor de pulsos

H.K. A



Capítulo 1

La noche me encontró con todo preparado, tenía sus medicamentos, el inhibidor de pulsos y una coartada que solo importaría a las autoridades.

Ya habían sido 3 generaciones las que sufrieron por culpa del Abuelo, primero mi padre, luego yo, y por último mi hijo, pues, ya a sus 132 años, no era otra cosa que un cáncer para la familia. Una infortunada metástasis que volvió de nuestras vidas un calvario durante los primeros 25 años, reduciendo la dinámica familiar a discusiones, búsqueda de culpables, e incluso, violencia física por su parte. Siempre encontraba la forma de ponernos unos contra otros, victimizarse, escudado por su edad y la falta de cuidados de sus hijos.

Sin embargo, cuando llegamos a los 30 años de cuidado, yo ya tenía la misma edad y mi hijo comenzó a sufrir las consecuencias, encontrando un cariño inexistente, convertido en alegatos, gritos y un miedo acérrimo, incluso a la proximidad de su bisabuelo.

Luego vino la muerte de mi padre, y su petición, expresa, de que cuidáramos de él.

A estas alturas, ya mi hijo tiene su propia familia, y yo sigo aquí, anclado a esos huesos que murmuran y se quejan, cada vez de forma más inentendible. Mi vida entera había sido invadida por ese fantasma, y ya no veía escapatoria.

Entonces tuve la idea.

Me costó mucho conseguirlo. Un médico amigo movió sus influencias, poniendo en riesgo su trabajo y su carrera, pues, yo lo había ayudado a cobrar de forma fraudulenta en el pasado varias licencias que su empleador no quería pagarle, y, además, compartíamos malos recuerdos sobre el abuelo.

Después de todo, el artefacto estaría fuera de su lugar durante solo una noche, tras la cual sería devuelto en perfecto estado, con su memoria adulterada y borrado el registro de su último uso.

No fue lo primero en que pensé: Arsénico, cianuro, talio, polonio 210, etilenglicol, adelfa... Los venenos indetectables eran difíciles de conseguir, caros y en el mediano plazo, resultaban contraproducentes. Solo entonces llegué al inhibidor de pulsos.

Al principio no entendí muy bien su funcionamiento, aunque a simple vista parecía sencillo. "No se trataba tan solo de detener el corazón, de hecho, no sé usa directamente en el pecho, o sería solo un provocador de

infartos.” Me explicó en su momento mi amigo. El aparato trabaja por ondas de frecuencia que asemejan las redes cerebrales, y como no requiere un contacto directo con la piel, una vez utilizado, es como si nada hubiese pasado.

“lo inventaron como una forma de eutanasia segura y que no fuese intrusiva, pero muchos países se negaron a utilizarlo, así que, apenas salió, lo declararon ilegal; duró pocas semanas en el mercado, y algunos hospitales guardaron los suyos.

Entré a la habitación con la bandeja en las manos. Llevaba sueros, toallas, y entre medio, el inhibidor.

La vista nublada del abuelo sintió mis pasos y volteó.

-Soy yo, Ramón. -dije, con la misma cuota de amargura que usaba siempre. - traje el recambio de sus sueros, y una toalla para lavarlo.

La visión había dejado de resultarme escalofriante hacía años, aunque al principio, no podía evitar preguntarme cómo es que alguien deseaba con tanta fuerza aferrarse a la vida, como para convertirse en un saco de huesos y piel a penas despierto.

Me acerqué a la cama, dejé la bandeja en el velador y, con un movimiento, saqué el inhibidor de entre la toalla. Tomé posición para lavar su cabeza, un cráneo calvo y macilento casi inmóvil, que ya hacía años casi no pronunciaba palabra alguna, tomé el artilugio en mi mano, posicioné el cilindro y, mientras me debatía, puse un dedo en el botón de encendido.

No sé cuánto tiempo estuve en esa posición, pensando en mi decisión, pero de pronto, una mano huesuda tocó mi muñeca.

-Estás aquí, Julio...

-Aquí estoy, abuelo.

-Llevo tiempo queriendo decirte... -el esfuerzo era evidente, cual si estuviese usando sus últimas energías para decir aquellas palabras. - que me equivoqué. Me equivoqué tanto, y nunca pude pedir perdón.

Las palabras desfilaron lentamente, una tras otra, en una especie de burla. Una expiación que nadie había pedido. No fui capaz de responder nada.

-Ya hace tiempo que se fue tu abuela, después tu papá... nunca merecí

todo el cuidado.

De pronto, los ojos del abuelo se aclararon, levantó la cabeza intentando encontrarme con la mirada, y, sin darme cuenta, su mano me llevó a presionar el botón.

Hubo un pequeño estremecimiento, su pecho se levantó, y luego, nada.

Mi amigo me habló unas semanas más tarde, y con voz cansada, me dijo que el aparato se había descompuesto, por lo que no pudo borrar el registro de su uso, lo cual lo tenía preocupado, pues al devolverlo no me di cuenta, y el botón de encendido estaba hundido. No podía entenderlo y me invadió la ira, la frustración, y cuando la discusión se enfrió, tras varias maldiciones de mi parte, mi cómplice me dijo:

-Julio, no sé si pudiste matar a tu abuelo.

-Pero, si yo lo vi actuar, y apreté el botón y...

-No, no me refiero a eso: no sé si lo mató la máquina o si se murió solo.

-¿Cómo? Si te estoy diciendo que lo apre...

-Julio, entiende, no sé en qué momento se echó a perder el inhibidor. No sé si cuando te lo pasé aún funcionaba o si ya estaba malo.